

PERIODICO DE SEÑORAS Y SEÑORITAS.

CONTIENE LOS ÚLTIMOS FIGURINES ILUMINADOS DE LAS MODAS DE PARÍS, PATRONES DE TAMAÑO NATURAL, MODELOS DE TRABAJOS Á LA AGUJA, CROCHET, TAPICERÍAS EN COLORES, NOVELAS.—CRÓNICAS.—BELLAS ARTES.—MÚSICA, ETC., ETC.
SE PUBLICA EN LOS DIAS 6, 14, 22 Y 30 DE CADA MES.

AÑO XLI.

MADRID, 22 DE AGOSTO DE 1882.

NÚM. 31.



1.—Traje para señorita y señora joven.

2.—Traje de raso y fular.

3.—Traje de seda y raso.

A. GULSMAN PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

Esta versión digital ha sido realizada por la **Dirección de Patrimonio Documental** de la **Oficina del Historiador de La Habana** con fines de investigación no comerciales. Cualquier reproducción no autorizada por esta institución, está sujeto a una reclamación legal.

nota legal



Perfil institucional en Facebook

Patrimonio Documental
Oficina del Historiador

SUMARIO.—1. Traje para señorita y señora joven.—2. Traje de raso y fular.—3. Traje de seda y raso.—4 y 5. Bolsa de labor.—6. Cesto de labor.—7. Caja-tintero.—8. Volante bordado de trencilla.—9 y 10. Vestido de cachemir bordado.—11 y 12. Abrigo de otoño.—13. Visita de raso duquesa.—14 a 16. Tres trajes de medio luto.—17. Vestido de fular de lunares.—18. Paletó de otoño.—19 y 20. Dos sombreros de paja.—21. Vestido para niñas de 8 á 10 años.—22. Vestido-paletó para niñas de 6 á 8 años.—23 y 24. Chaqueta de otoño.—25 y 26. Vestido de muselina de lana con bordados.—27. Vestido de damasco y raso.—28. Vestido de lanilla lisa y escocesa.

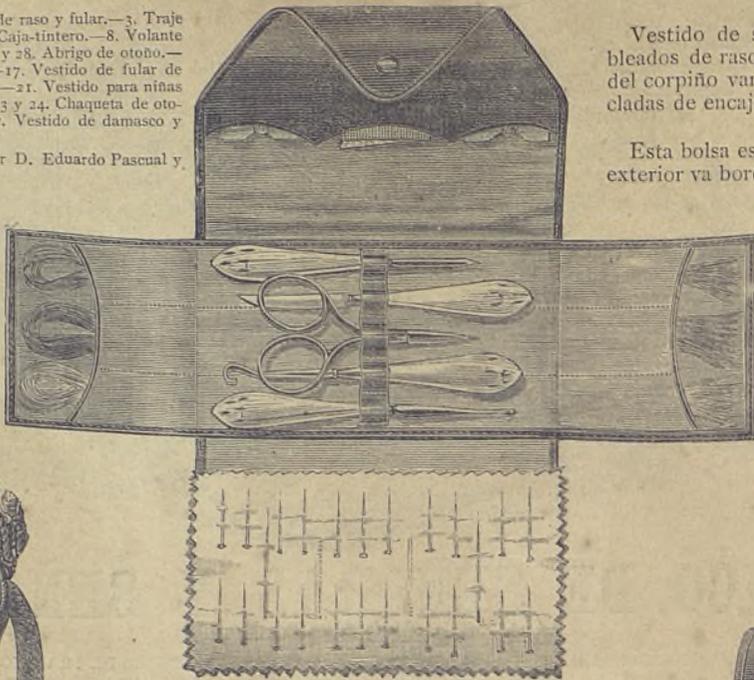
Explicacion de los grabados.—Los Baños: Recuerdos históricos, por D. Eduardo Pascual y Cuéllar.—El Patio de la Sangre, por D. Antonio de San Martín.—Madrigal, por D. José Lázaro Galdiano.—Dos Angeles, historia vulgar (continuación), por D. Eusebio A. Escobar.—Explicacion del figurin iluminado.—Artículos de París recomendados.—Suelos.—Soluciones.

Traje para señorita y señora joven.
Núm. 1.

Vestido de raso beige y raso morado. Falda redonda con tres volantes guarnecidos de tableados. Sobrefalda con pliegues gruesos y fruncida en el



6.—Cesto de labor.



4.—Bolsa de labor (abierta).



7.—Caja-tintero.



5.—Bolsa de labor (cerrada).

Traje de seda y raso.—Núm. 3.

Vestido de seda beige calada y raso encarnado. Falda con tres tableados de raso. Corpiño y sobrefalda de seda beige: sobre la aldeta del corpiño van puestas dos escarapelas de raso con unas cintas mezcladas de encaje.

Bolsa de labor.—Núms. 4 y 5.

Esta bolsa es de piel; la parte interior va forrada de raso. La parte exterior va bordada al pasado con sedas de colores.

Cesto de labor.—Núm. 6.

Este precioso modelo es de cuerda gruesa, trenzada y cubierta de felpa, formando anchos pliegues. La felpa va adornada con un ramo de tapicería, ejecutado sobre felpa, el cual se recorta y aplica sobre el fondo.

Caja-tintero.—Núm. 7.

La figura 64 de la Hoja-Suplemento á nuestro núm. 29 corresponde á este objeto.

Se cubre el tintero con felpa color de aceituna, que se adorna de un bordado en sus lados largos, cuyo bordado se ejecuta al pasado y punto anudado,

bajo para formar un volante ancho, guarnecido de encaje. Una cinta ancha morada, ahudada en el costado sirve para recoger esta sobrefalda. Una cinta igual va anudada en la cintura. Corpiño corto, terminado en punta y abierto sobre un chaleco estrecho de raso morado, rodeado de encaje blanco, que se pone sobre una solapa de la misma tela del vestido. Cuellecito en pié, cerrado con un lazo morado. Este vestido puede ejecutarse de lana beige, y sólo las partes moradas de raso.

Traje de raso y fular.
Núm. 2.

De raso verde y fular Pompadour. Falda de raso, redonda, plegada á lo largo por arriba y terminada en bullon, que cae sobre un tableado más fino. Sobrefalda de fular, abierta sobre la falda y dispuesta en bullones anchos por los lados. Corpiño con aldetas ajustadas ó en forma de polonesa, abierto, formando solapas sobre un chaleco verde. Tres tiras de raso en forma de V, fijan el corpiño sobre el chaleco. Manga semilarga con carteras de raso.



8.—Volante bordado de trencilla.

con arreglo á la fig. 64. La flor del centro va hecha con seda azul de dos matices, y las de los lados, con seda color de rosa, tambien de dos matices. Se ejecutan los arabescos con seda color aceituna, y todos los contornos con cordoncillo fino de oro, fijado con seda amarilla. En el centro de la caja va el tintero propiamente dicho, y en los lados, el limpia plumas y la cajita para los sellos. Se puede hacer esta caja-tintero de madera delgada ó de carton grueso.

Volante bordado de trencilla.
Número 8.

Se ejecutará esta labor sobre cachemir, con trencilla del mismo color, ó de otro color que resalte. El contorno exterior del volante irá festoneado con lana por debajo de la trencilla. La parte superior del corpiño puede repetirse en todos sentidos, para el caso en que se quiera bordar enteramente un corpiño ó un paletó. Se puede ejecutar al mismo tiempo este dibujo al punto de cadeneta.

Vestido de cachemir bordado.
Núms. 9 y 10.

Para la explicacion y patro-

PATRIMONIAL DOCUMENTAL

mi-largas de fular, terminadas en mangas de tul bordado.

Paletó de otoño.—Núm. 18.
Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Sombrero de paja gruesa.
Núm. 19.

De paja gruesa color *ficelle*, con ala forrada de raso marrón puesto de plano. Los adornos del sombrero se componen de lazos de cinta de raso marrón, sujetos con una hebilla de acero y plumas color marrón claro. Bidas de cinta de raso anudadas por detrás.

Sombrero de paja satinada.
Núm. 20.

Capota de paja satinada color mordorado, con el ala forrada de terciopelo del mismo color. El borde de detrás del sombrero va adornado con una tira de terciopelo igual, de un centímetro de ancho. Una tira del mismo terciopelo, de 3 centímetros de ancho, cubierta de encaje *ficelle*, va puesta sobre el sombrero. Una banda de encaje *ficelle*, de 12 centímetros de ancho, va dispuesta sobre el sombrero, como indica el dibujo,



9.—Vestido de cachemir bordado. Delantero.
(Explic. y pat., núm. II, figs. 9 á 16 de la Hoja-Suplemento.)



11.—Abrigo de otoño. Espalda. (Véase el dibujo 28.)
(Explic. y pat., núm. VII, figs. 32 á 39 de la Hoja-Suplemento.)



13.—Traje de medio luto. Espalda. (Véase el dibujo 15.)
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)



12.—Visita de raso duquesa.
(Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



10.—Vestido de cachemir bordado. Espalda.
(Explic. y pat., núm. II, figs. 9 á 16 de la Hoja-Suplemento.)

nes, véase el núm. II, figuras 9 á 16 de la Hoja-Suplemento al presente número.

Abrigo de otoño. Núms. 11 y 28.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VII, figuras 32 á 39 de la Hoja-Suplemento.

Visita de raso duquesa. Núm. 12.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Traje de medio luto. Núms. 13 y 15.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Traje de medio luto. Núm. 14.

Véase la explicación en el verso de la Hoja-Suplemento.

Traje de medio luto. Núm. 16.

Para la explicación y patrones, véase el número I, figuras 1 á 8 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de fular de lunares. Núm. 17.

De fular azul oscuro con lunares azul pálido. Los adornos del vestido se componen de cenefas estampadas, azul oscuro y azul pálido, de 8 centímetros de ancho, escarapelas y lazos de cinta de raso azul pálido. Mangas se-

plegada en los lados y fijada con broches de cuentas. Un ramo de flores adorna el sombrero por delante.

Vestido para niñas de 8 á 10 años.—Núm. 21.

Para la explicación y patrones, véase el número III, figuras 17 á 22 de la Hoja-Suplemento.

Vestido-paletó para niñas de 6 á 8 años. Número 22.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Chaqueta de otoño. Núms. 23 y 24.

Para la explicación y patrones, véase el número VIII, figuras 40 á 46 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de muselina de lana con bordados. Núms. 25 y 26.

Para la explicación y patrones, véase el núm. VI, figs. 26 á 31 de la Hoja-Suplemento.

Vestido de damasco y raso. Núm. 27.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.

Vestido de lanilla lisa y escocesa. Núm. 29.

Véase la explicación en el recto de la Hoja-Suplemento.



14.—Traje de medio luto. (Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

15.—Traje de medio luto. Delantero. (Véase el dibujo 13.)
(Explic. en el verso de la Hoja-Suplemento.)

16.—Traje de medio luto. (Explic. y pat., núm. I, figs. 1 á 8 de la Hoja-Suplemento.)

LOS BAÑOS.

RECUERDOS HISTÓRICOS.

En tiempos del paganismo fueron las aguas termales objeto de culto y de fervorosa idolatría. Observados más tarde sus efectos curativos en ciertas enfermedades, cuando era la ignorancia patrimonio de la generalidad de los hombres, y la religión el único freno la única guía de la generalidad de las conciencias, el uso de los baños y abluciones, como el de otras prácticas higiénicas, fué incluido en el rito de las prácticas religiosas. Era el único medio de imponerle á las gentes.

Y á fe que bien lo necesitaban. Los rigores del ardiente clima que habitaban los pobladores del mundo antiguo, y la forma talar de sus vestiduras, eran constantes causas que les hacía preciso el uso de los baños para desembarazar el cuerpo de las suciedades que las exhalaciones de la piel y el polvo, penetrando por los anchos pliegues de los trajes, iban en él depositando.

Aquel riguroso cuidado, por otra parte, en conservar la salud y la integridad física; aquella vehemente tendencia á la vigorización de las fuerzas y al desarrollo corporal, que caracterizaba á los antiguos, no fué menor parte á que los baños se popularizarán extraordinariamente en la Persia y el Asia Menor, después en la Grecia, y finalmente en Roma, luégo que las pujantes huestes del Tiber sojuzgaron á aquellos vastos países.

Que los baños fueron usados ántes que



17.—Vestido de fular de lunares.



19.—Sombrero de paja gruesa.



21.—Vestido para niñas de 8 á 10 años. (Explic. y pat., núm. III, figs. 17 á 22 de la Hoja-Suplemento.)

22.—Vestido-paleto para niñas de 6 á 8 años. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



20.—Sombrero de paja satinada.

en Italia, en Grecia, revéalo el nombre de *thermas* que recibieron, voz de etimología griega que dice relación al fuego con que los helenos templaban las aguas en la época del frío. En toda la Grecia, sólo los espartanos, aquella raza de hombres nacidos y formados para la guerra, fueron los que esquivaron la influencia más ó ménos relajante de los baños, no usando, á todo extremo, más que la estufa seca.

Pero donde la costumbre y la forma de la balneación adquirió un desenvolvimiento maravilloso y un grado deslumbrador en lujo y magnificencia, fué en Roma, aquella ciudad soberana, en cuyo seno fermentaban todas las manifestaciones de la corrupción y del vicio; aquel lupanar inmenso, donde la sociedad corría delirante en pos de todos los placeres, y se entregaba, embrutecida, á la apoteosis de los

sentidos; aquella soberbia señora del mundo, que, al someter cada día nuevos países y soberanos á su dominio, ihales superando en todas sus grandezas y sus vicios.

Eran los tiempos de Augusto; aquejábale largo y penoso padecimiento, cuando nuestro sabio compatriota, el médico Antonio Musa, le sometió á la acción de los baños fríos, obteniendo el Emperador una curación súbita y completa. Tal y tan sorprendente cura valió á los baños, que ya empezaban á importarse de Grecia, una brillante reputación en Roma, y tanto se pusieron en boga, que los romanos comenzaron á habituarse á todo grado de temperaturas en el agua y á ejercitarse en



18.—Paleto de otoño. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



23.—Chaqueta de otoño. Espalda. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 40 á 46 de la Hoja-Suplemento.)



25.—Vestido de muselina de lana con bordados. Espalda. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 26 á 31 de la Hoja-Suplemento.)



27.—Vestido de damasco y raso. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)

28.—Abrigo de otro Delantero. (Vlase el dibujo 11.) (Explic. y pat., núm. VII, figs. 32 á 39 de la Hoja-Suplemento.)

29.—Vestido de lanilla lisa y escocesa. (Explic. en el recto de la Hoja-Suplemento.)



26.—Vestido de muselina de lana con bordados. Delantero. (Explic. y pat., núm. VI, figs. 26 á 31 de la Hoja-Suplemento.)



24.—Cagueta de otoño. Delantero. (Explic. y pat., núm. VIII, figs. 40 á 46 de la Hoja-Suplemento.)

la natación en todas las estaciones. Séneca alardeaba de haber nadado en el Tiber en las kalendas de Enero, y por entonces corría como vulgar y depresivo reproche la frase *neque littoras didicit nec natare* (no sabe leer ni nadar).

Por este camino, y poco á poco, se llegó á erigir los baños en verdadera institucion, y á fundar las famosas termas públicas y privadas.

Ya se sabe que los emperadores romanos desplegaron viva solicitud á veces para halagar y complacer al pueblo. A él debían que, tras una sorda y no interrumpida lucha de más de cuatro siglos, el despótico poder de los patricios rodara á los pies del César en el último estremecimiento de muerte de la República; á él debían su origen, su autoridad y su fuerza, y era preciso conservar su adhesión á toda costa, colmándole en apariencia al menos, de dones y presentes con que atendiera, no sólo á las necesidades perentorias de la vida, si que tambien al recreo del ánimo y á la complacencia de los sentidos. Y por eso un día se abrieron las puertas del Circo, por donde la plebe se precipitaba como un torrente á embriagar sus ojos en el bárbaro y repugnante espectáculo de los gladiadores, despues de embriagar sus estómagos con el hervor de las bebidas; y otro día Mecenas, el famoso privado de Augusto, mandaba construir las primeras termas romanas, grandes y suntuosos establecimientos destinados á la balneacion pública, y de los cuales se conservan algunos vestigios en tales ó cuales ruinas y algunas detalladas descripciones en tales ó cuales libros.

Eran al principio los baños una institucion saludable; mas fué preciso hacerles una institucion recreativa y ostentosa, esto es, fué preciso ponerlos á la altura de las circunstancias. Achaques de aquella época, que, si bien se mira, no difieren grandemente de los achaques de la nuestra.

Bien pronto todo caballero opulento, todo particular bien acomodado destinó á salas de baños una buena parte de sus aposentos, en las quintas, villas y casas de recreo. Había, pues, baños particulares y baños públicos.

Algunos de éstos eran gratuitos, pero en la mayoría pagábase á la entrada el módico honorario de un cuadrante (un cuarto de onza de cobre), cuyo precio se aumentaba por la noche, en razon al espléndido alumbrado que en los baños resplandecía. Para los extranjeros era siempre, y en todo caso, la entrada gratuita.

Bañábanse en un principio patricios y plebeyos, hombres y mujeres, en la más placentera compañía; á esta escandalosa costumbre de mezclarse los sexos en el baño, digna de aquella época inmoral y relajada, puso coto severamente el emperador Adriano, prohibiendo mezcla tal, bajo las mayores penas. Así es que, desde entonces, mujer que penetraba en baño de hombre perdía la dote y podía ser repudiada; mas si el trasgresor de la orden era varon, la pena de muerte era su castigo inmediato é implacable.

Sólo en casos de duelo nacional y de calamidades públicas cerrábanse estos establecimientos; bien que, por consideraciones de salud y de higiene, nunca fuere tal clausura muy duradera. Porque ya se sabe, por boca ó por letra de Plinio, que los baños, así como los ejercicios físicos, constituyeron entre los romanos, por espacio de seis centurias, una verdadera panacea curativa.

En cambio, cuando convenia á los emperadores agasajar al pueblo, mandaban abrir los baños á todo el mundo, durante todo un día, y ellos mismos honraban á la multitud alternando allí y confundiendo democráticamente con ella.

La Antigüedad explicada, del P. Montfoucaud, y *la Arquitectura*, de Vitruvio, insigne arquitecto de Roma y autor de uno de los modelos de casas balnearias que fueron adoptados, nos suministran largas y curiosas descripciones de las termas romanas. Darémos tan sólo una ligera idea de ellas.

Constaban los baños de tres compartimientos principales, contiguos y escalonados, para que el agua corriera fácilmente de uno en otro, y expuestos al Mediodía, para que no hiciera sentir en ellos el Aquilon su importuno azote. Llamábase el inferior de aquéllos, *frigidarium*, baño de agua fría; el siguiente, *tepidarium*, ó de agua templada, y el otro, *caldarium*, ó de agua caliente.

Cada uno de aquellos compartimientos contenia dos receptáculos para tomar el baño: el *labrum* y el *alveum*. El *labrum*, «Pyelos» entre los griegos, con una gran pila móvil de piedra, bronce, cobre ó plata; el *alveum* consistia en un estanque ó piscina de mármol adherente á la pared, con un pretil estrecho ó *plateum* en torno, y tres gradas en el interior, una de las cuales, el *pulvium*, servia de asiento al bañista. Hallábanse estos receptáculos llenos de agua y situados bajo una gran ventana, que les facilitaba luz copiosa y aire libre. El espacio comprendido entre los mismos y los muros de la estancia titulábase *schola*; poseia un escaño corrido en toda su extension, y allí esperaban turno las gentes para entrar en el baño, cuyos momentos de espera entreteníanse, segun Petronio, recitando versos.

En las ruinas de la antigua Roma se han hallado, y todavía se conservan, preciosos labros fijos y de grandes dimensiones, ejecutados en pórfidos y en jaspes.

La estufa ó *laconium* era un aposento de forma perfectamente cúbica. Cubriala una cúpula abovedada, con una abertura en el centro provista de un obturador de bronce, que, subido ó bajado por medio de una cadena, servia para graduar la temperatura del *laconium*.

Había ademas otros anexos, accesorios en un principio, mas despues indispensables, destinados, ya á ejercicios corpóreos, ya á otros diferentes usos, tales como el gimnasio, la piscina de natación, el vestíbulo de la estufa, el *unctuarium*, etc.

Asociáronse á los baños las afusiones frias durante el baño caliente, las flagelaciones con ramas de abedul, las fricciones con *strigilis*—cepillo encorvado de plata, hierro ó piedra pómez, con que se frotaba suavemente la piel para rasurar el vello y limpiar los residuos del sudor y el polvo—y las *unctiones* ó unturas odoríferas, con las que bañaban

toda la superficie del cuerpo; oficios todos éstos á cargo de hábiles esclavos, que tenían á sus órdenes los termarios ó encargados y dueños de las termas.

Pareciase el *unctuarium*, más aún que al tocador de nuestras más refinadas coquetas, á los despachos de nuestras elegantes perfumerías. En magníficos armarios (*oleterium*) conteníanse las más delicadas esencias y los más costosos perfumes traídos de la Arabia Feliz y de las orillas del Indo. Se destinaba un aceite especial para cada parte del cuerpo; para las cejas, el extracto de la azucena y del lirio del Líbano; para las mejillas, cuello y cabello, el de la flor de serpol; para los brazos, la marta acuática, y para los pechos y piernas, perfumes de la Fenicia y el Egipto. Hacíase tambien pródigo uso de los aceites de rosas, albahaca, nardo, espliego y cinamomo.

El gobierno interior de las termas estaba confiado á ediles especiales y numerosos *balneatores* (ministros inferiores), tanto los cuales como el incontable ejército de funcionarios puestos á disposicion de los bañistas para las diversas prácticas accesorias del baño, habitaban dentro de los establecimientos, cuya capacidad era, por lo tanto, extraordinariamente enorme.

Casi todos los emperadores romanos fundaron termas públicas, á que daban su nombre, y el toque estaba en aventajar cada cual á su antecesor en el aparato y magnificencia de su balneario.

Adquirieron entre todos celebrísima y justa fama los de Agrippa, en tiempos de Augusto, y los de Neron, Tito, Caracalla, Diocleciano y Constantino el Grande, muchas de cuyas termas han llegado á nuestros días transformadas en heniles, establos, pajares y bodegas.

Las termas de Agrippa levantábanse cerca del campo de Marte, en medio de bosques de plátanos y frondosísimos jardines, y enriquecíanse interiormente profusion de bellísimas estatuas, entre las cuales figuraba la famosa de Lisipo. Neron fundó las suyas donde hoy se alza el templo de San Eustaquio; las engalanó con fastuosidad y opulencia inusitadas, y con magníficas é infinitas lámparas de bronce de Corinto; porque él fué quien introdujo la costumbre de iluminar los baños por la noche. No eran tan soberbios como los de Neron los de Tito, enclavados en las vertientes del Esquilino; pero contenían, así y todo, grandes riquezas escultóricas, suntuosas pinturas, y entre ellas una sumamente interesante, puesto que representaba, con todos sus pormenores más minuciosos, la distribucion interior de las termas, y el admirable juego de acueductos por donde se repartía el agua en los baños.

Diocleciano dijo la última palabra y realizó el más supremo esfuerzo en punto á grandeza y esplendor de estos establecimientos; superó á todos sus antecesores y aun á su sucesor Constantino; pues si las termas de éste, emplazadas en el área del actual palacio de Mazarino, contaban con magnífica coleccion de estatuas, que hoy decoran el Capitolio, las de aquél, en sus inmensas cámaras, dilatados paseos, galerías, pórticos y peristilos, ostentaban una riqueza y un gusto verdaderamente orientales.

Con tales circunstancias acabaron por ser las termas verdaderas mansiones de placer, abiertas á todos los placeres, y el uso del baño degeneró en excesivo abuso, habiendo quien le frecuentaba varias veces en un día.

Y lo que ocurría en los baños públicos ocurría tambien en los privados. El lujo, la molición y la relajacion de costumbres dieron pábulo á los excesos más enormes. Cinco ó seis baños nada ménos tomaban cotidianamente Comodo y Galieno. La corrompida aristocracia romana subordinó á los baños las horas de las comidas, y aun á veces, contra toda moral y toda higiene, acudían al baño los comensales despues de los orgiásticos festines, y en él concluían lúbricamente los placeres escandalosos de las veladas.

Ningun pueblo europeo ha sabido y logrado conservar con más pureza las antiguas tradiciones balnearias, como la Rusia y la Turquía. Así lo atestiguan sus estufas secas y húmedas, sus duchas, flagelaciones y demas prácticas y maniobras con que amenizan y aderezan sus baños.

La ciencia, sin embargo, ha reconocido como buenas algunas de aquellas prácticas antiguas, y por eso las vemos restablecidas en los modernos balnearios.

Puede decirse, pues, de prácticas y usos tales, lo que Horacio decia de los vocablos:

*Multa renascentur quae jam cecidere; cadentque
quae nunc sunt in honore....*

Renacen, con efecto, cosas mil que desaparecieron bajo el polvo de los tiempos; y otras, en cambio, que gozan gran privanza, verémoslas caer en el olvido.

EDUARDO PASCUAL Y CUÉLLAR.

EL PATIO DE LA SANGRE.

I.



La perla de Andalucía, la hermosísima Sevilla, atesora joyas artísticas de un valor inestimable.

Esa preciada ciudad, llena de recuerdos de la época de Abdalásis, del Santo Rey Fernando, y del guerrero monarca á quien unos apellidan el Cruel y otros el Justiciero, tiene el privilegio de cautivar el pensamiento y de ensanchar el corazón.

Lo primero que el viajero curioso desea visitar es el alcázar morisco, construido por Abdalásis, hijo de Muza, el primero de los reyes moros de España.

Hermoso, brillante, se presenta aquel alcázar, cual si acabara de salir de manos de los alarifes.

Cuentan que para la construcción del precioso edificio sirvieron de modelo dos soberbios palacios, orgullo el uno de Bagdad, y bello ornamento el otro del Cairo.

El último monarca goda, el lascivo y desdichado D. Ro-

drigo, habia perdido trono y vida á orillas del Guadalete, y su esposa, la reina Egilona, habia dado su corazón y su mano al poderoso Abdalásis.

Este vivia feliz con *Ayela*, nombre con que Egilona era conocida entre los árabes, y hermozeaba más y más á la ciudad del Guadalquivir, siendo de todos querido y respetado.

El califa de Damasco envidió su felicidad y su grandeza. Ademas, era enemigo personal de Abdalásis, y decidió su muerte.

Emisarios suyos, viles asesinos, llegaron á Sevilla y se introdujeron en el alcázar.

Una noche, bien descuidado el Monarca moro, dormía profundamente en su lecho.

Los asesinos llegaron hasta él y sepultaron sus gúntas en su pecho.

Certeros los golpes, produjeron instantáneamente la muerte de Abdalásis.

La encantadora sala de preciosos arabescos y ricos artonados en que tuvo lugar esta trágica muerte, se conoce con el nombre de *Dormitorio de los reyes moros*.

Hasta el año de 1248, en que el rey D. Fernando III reconquistó á Sevilla, el alcázar continuó siendo la mansion favorita de los soberanos moros de España.

Nada de notable ocurrió durante mucho tiempo en tan artístico palacio, como no fuese el nacimiento de la célebre princesa Zaida. Esta, años despues, fué bautizada con el nombre de María Isabel, y llegó á ser la sexta esposa de Alfonso VI de Castilla.

II.

Dueño de Sevilla el glorioso rey Fernando, mandó consagrar al culto católico la gran mezquita de la ciudad, hoy una de las catedrales más suntuosas de España.

Su portentosa torre de fábrica robusta, obra de los alarifes mahometanos, está dominada por la célebre *Giralda*, ángel colosal que marca la direccion del viento, *girando* á manera de veleta.

Parecida á esta torre, y obra del mismo arquitecto, hay otra en la ciudad de Marruecos, capital del Imperio del mismo nombre.

Cuatro años despues de haber reconquistado á Sevilla, el Rey Santo entregó su alma á Dios en el alcázar de que estamos ocupándonos.

Tambien espiró en el mismo palacio D. Alfonso X llamado *el Sabio*.

Lo habitó igualmente la reina D.^a María, dando á luz, en uno de sus moriscos aposentos, á D. Fernando IV *el Emplazado*.

¡Oh, si les fuese posible hablar á aquellos robustos muros, cubiertos de brillantes mosaicos, de preciosos alicatados, por los cuales parece resbalar la mano del tiempo sin ejercer su obra destructora, nos referirían ignoradas historias, interesantes leyendas, episodios dramáticos.

Cada *aximes*, cada *tárbea* (1), cada patio del morisco alcázar, conserva recuerdos, posee tradiciones en las cuales figuran como principales personajes el fiero D. Pedro I de Castilla y la hermosa y poética D.^a María de Padilla.

III.

Don Pedro habia perdonado ya dos veces delitos de rebelion á sus turbulentos hermanos el Conde de Trastámara y D. Fadrique, gran maestre de Santiago.

Nuevas rebeliones, ingratiudes nuevas, amargaron de tal modo el alma de D. Pedro, que éste no vió más que traidores por todas partes.

Una mañana, el Gran Maestre se encaminó al Alcázar. Doña María de Padilla, que estaba asomada á las moriscas almenas del palacio, y conocia el rencor que de nuevo ardía en el pecho de D. Pedro contra sus hermanos, al ver llegar á D. Fadrique le hizo señas con un lenzuelo para que no penetrase en la morada del leon castellano.

Pero, fuese que D. Fadrique no comprendiera aquellas señales, ó que las despreciase, penetró en el alcázar, dejando fuera de éste su escolta, compuesta de hombres de armas de la Orden de Santiago, y á su arrogante caballo árabe *Nadir*.

Vióle entrar D. Pedro desde un balcon, al cual estaba asomado, y que caía á un patio, en el que departían algunos ballesteros de maza. Hallábanse entre éstos el rudo Fernandez de Roa y el feroz *Juan Diente*, fieles como perros al Monarca de Castilla.

Ardió en ira el corazón del Rey, el que, con voz atronadora, gritó á los ballesteros:

—¡Matad á ese traidor!

Esta orden fratricida fué cumplida inmediatamente. Nuño Fernandez de Roa alzó su maza y dió con ella un fuerte golpe en el hombro del Gran Maestre.

Quiso desenvainar éste su espada, pero la empuñadura se enredó en el blanco manto que vestía, y un segundo golpe le derribó en tierra.

—¡Rematadle, rematadle!—gritaba el Rey, cada vez más enfurecido, arrojando llamas por los ojos.

Los ballesteros se apresuraron á satisfacer al rencoroso D. Pedro, y un nuevo golpe de maza aplastó el cráneo del Gran Maestre.

Salpicó la sangre á los ejecutores de la cruel sentencia, los cuales se retiraron horrorizados, lo mismo que el Monarca.

Doña María de Padilla salió al encuentro de su regio amante.

—¡He llegado tarde— le dijo con voz dulce y melancólica— para evitarte un nuevo crimen! ¡Ay! ¡Temo á la justicia del cielo!....

Lanzó D. Pedro un rugido, y corrió á encerrarse en su cámara.

En aquella estancia, que en el día lleva el nombre de *Dormitorio del rey Don Pedro*, se ven seis calaveras de piedra, puestas en fila sobre la repisa de la puerta.

¿Qué significan aquellas calaveras?.....

¡No he podido averiguarlo!.....

ATRIMONIO DOCUMENTAL

(1) Salon.

IV.

Durante largas horas quedó abandonado en el patio el adáver del infortunado D. Fadrique.
Está señalado el lugar en donde fué destrozada su cabeza, por una gran mancha de color oscuro.
Dicen que aquella mancha es la marca indeleble que dejó sobre el mármol la sangre del Maestre de Santiago.
No afirmaré que esto sea cierto: en lo que no cabe duda alguna es que en aquel patio tuvo lugar el trágico suceso que llevo referido. El patio se conoce con el terrorífico nombre con que he encabezado este artículo.

ANTONIO DE SAN MARTIN.

MADRIGAL.

Apénas, en invierno, nace el día,
Al traves de la verde celosía
Veo, con peso leve,
Descender sobre el campo blanca nieve;
Y, triste el alma mía,
Al mirar su blancura,
Recuerda tu hermosura,
Tu sonreír y tu divina cara,
Y con la nieve al punto te compara.
Medito más despacio, y al instante
Encuentro solamente parecido
Entre el blanco y fulgente colorido
De la nieve y tu nítido semblante.
Pues sé que escondes en tu blanco seno
Un corazón de podredumbre lleno,
Y sé, por experiencia,
Que no es como la nieve tu conciencia.

JOSÉ LÁZARO GALDIANO.

DOS ÁNGELES.

HISTORIA VULGAR,

POR

DON EUSEBIO A. ESCOBAR.

(CONTINUACION.)

RRA muy natural su zozobra, puesto que el proyecto que se había formado era permanecer en Italia hasta el verano, en cuya época, según había oído á sus padres, irían á Suiza; así es que una causa muy grave debía existir para que todo se cambiara, y en lugar de á Italia y Suiza, fuera á España donde se dirigieran, es decir, donde no se pensaba volver en mucho tiempo.

El efecto que produjo esta noticia en Mercedes es difícil describirlo: latía su corazón con violencia, y se hacía mil reflexiones, descabelladas la mayor parte, para justificar el objeto de aquella precipitada vuelta. Muchas veces quiso probar á enterarse indirectamente de lo que tanto deseaba saber; pero su madre permanecía en una prudente reserva, que la desesperaba.

Sin embargo, la noticia no fué desfavorable al débil estado de salud en que se encontraba, pues un leve color de rosa teñía sus mejillas, y aquel día estuvo ménos triste que ninguno; quería disimular; pero los sentimientos de su corazón se transparentaban en sus más insignificantes acciones.

Aquella noche, despues de dejar preparado el equipaje, estuvo tocando el piano mucho tiempo; era la primera vez que ponía los dedos sobre el teclado desde el día en que la vimos en el salon de su casa en Madrid, cuando esperaba á Enrique llena de ilusiones y reconviéndose á sí misma por las dudas que la habían asaltado.

Sus cariñosos padres la observaban, sin dejar de apercibirse de ninguno de los movimientos que retrataban la situación de ánimo de su hija, y luego, con una mirada recíproca, se decían todo lo que estos movimientos significaban.

Al día siguiente, á las ocho de la mañana, se embarcó la familia de Vargas en un vapor que salía directamente para Barcelona, desde donde se trasladarían á Madrid.

Ya sabremos más adelante á qué obedecía esta inesperada resolución.

CAPÍTULO XII.

Ensueño y realidad.

Volvamos á una casa de la calle de Atocha, en Madrid, y subiendo al segundo piso, entremos hasta la habitación de Blanca.

A una tenue claridad, desvanecida por el cortinaje del balcon, se veía á la pobre niña en su lecho, pálida y abatida como nunca. A su alrededor estaban la dueña de la casa y Enrique, tristes y silenciosos, y algo más lejos, Anselmo, con la cabeza inclinada sobre el pecho.

El buen anciano había cambiado tanto, que, á no saber que era él, se le hubiera desconocido; tal efecto le había causado la enfermedad de Blanca, á quien adoraba como un padre á su hijo más querido.

También en Enrique se observaba un cambio notable: estaba más delgado, y en su frente, ántes serena y despejada, se veían las huellas de un profundo pesar, que acaso no fuera hijo solamente del aflictivo estado de Blanca.

Durante los tres meses que hemos estado alejados de ella, su mal había ido agravándose, sin que lo halagüeño del porvenir que se le ofrecía, ni la presencia y amor de Enrique, ni los poderosos y constantes auxilios de la ciencia, hubieran conseguido hacer retroceder un paso á la terrible enfermedad que se había apoderado de aquella delicada virgen.

¡Ay, cuando llegó á Madrid estaba ya herida de muerte! ¿Quién no ha visto alguna vez algun enfermo del pecho y presenciado los fatales progresos de su mal? Y si este enfermo es un sér querido, una niña angelical, llena de encantos y hermosura, ¿puede haber nada comparable al dolor que hace experimentar á los que la rodean? Se la ve día por día perder los colores de sus mejillas, el brillo de sus ojos; se la ve languidecer, sin que podamos hacer adquirir á su naturaleza, por ningun medio, las fuerzas que va perdiendo; es decir, vemos la muerte irse acercando paso á paso, para apoderarse de un cuerpo que con nuestra propia vida quisiéramos defender, y ¡no hay remedio! es preciso cruzarse de brazos á esperar que llegue; pero..... ¿esperar cómo? Con el corazón desgarrado, sumida el alma en el más profundo desconsuelo.

¡Ah! esos ángeles, que, cual tiernas azucenas, acaban de abrir sus pétalos á las brisas de la juventud, llenas de amor, de belleza, de ilusiones, no debían morir; porque su muerte es arrebatarle á la tierra un bien que posee y en el que se cifran mil dulces esperanzas, mil ensueños de felicidad.

Y como si la fatal sentencia pronunciada no fuera bastante, todo lo que acompaña á esta enfermedad oprime el corazón y hace asomar el llanto á los ojos: siempre se ve al enfermo en un estado de lucidez; muchas veces parece que está bueno: habla, mira cariñosamente á los que le rodean, y se sonríe; pero ¡qué mirada de tan melancólica expresión! ¡qué sonrisa más triste!

Otras veces brillan sus ojos de alegría; se encuentra mejor en aquel momento, y cree que se va á poner bueno en seguida; entónces hace mil risueños planes para el porvenir; piensa en lo feliz que será en el campo, al aspirar un puro ambiente despues de tanto tiempo de reclusión, y ya le parece estar oyendo el trino de las aves y el murmullo de las fuentes, y viendo el límpido azul del cielo por entre las copas de elevados y frondosos árboles.

Los que le rodean lloran, porque saben que aquellas frases son el último resplandor de una lámpara que se apaga; pero él sigue sin ver aquellas lágrimas, que se le ocultan, dejando vagar su fantasía por un mundo de delicias, cuando lo que le espera es la muerte, que, inexorable, se cierne ya sobre su cabeza.

Esta era la situación de la infeliz Blanca: pura flor que se había abierto entre los céfiros de la ilusión, no pudo resistir su delicado tallo el violento huracan del desengaño. ¿De qué servía que luego hubiera vuelto á acariciarla la brisa del amor, si ya, tronchada y mustia, no podía recuperar la savia que había perdido?

Enrique presentía el triste fin que esperaba á la niña y sólo él se consideraba culpable: entónces, tal vez como un castigo de la Providencia á su inconstancia, sintió brotar con más fuerza que nunca su amor, y hubiera dado con gusto cien vidas que tuviera por salvar la de ella.

¡Pero ya era tarde!
Parecía haberse borrado de la memoria de Blanca el recuerdo de Mercedes, y algunas risueñas esperanzas empezaron á cruzar por su imaginación.

—¿Por qué lloran ustedes?—decía cuando hemos entrado en su habitación, á Anselmo y á Enrique, que no habían tenido tiempo de esconder sus lágrimas.—¿Es acaso por mí? Estoy mucho mejor; ¡si vieran VV. qué bien me encuentro hoy! Justamente estoy pensando que en seguida que me ponga buena nos marcharemos á nuestro pueblo, que tantos deseos tengo de volver á ver. ¿Cómo estará mi casita y mi jardín? ¡Cuánto voy á correr por él, y qué bien lo voy á arreglar! Compraré semillas de todas clases de flores, porque allí no tengo más que rosas y claveles: verán ustedes qué preciosos va á quedar.

—A ti también te gustará—añadía, dirigiéndose á Enrique— volver á ver aquellos sitios, ¿no es verdad? Hace ya cinco años que saliste de allí.

—Sí, muchísimo, Blanca mia—dijo Enrique;—pero no te canses en hablar, no sea que te pongas peor.

—No lo creas: si me siento muy bien; casi, casi me atrevo á levantarme; pero hay poca luz; ¿por qué no descorreis las cortinas?

Enrique se apresuró á satisfacer el deseo de Blanca, y ésta siguió diciendo:

—¿Y tú vas á dejar con gusto la vida de Madrid para encerrarte en un pueblo?

—Sí, Blanca; estando contigo, no echo de ménos nada.

—Pero tu carrera.....

—Ya soy bastante conocido; quiere decir que allí, á tu lado, escribiré, y sólo vendré á Madrid cuando se estrene alguna comedia mia.

—Ese es muy buen plan.—Y la hermosa niña demostraba en el brillo de sus ojos y en la sonrisa que dibujaban sus labios una alegría encantadora.

—Sí; vamos á ser muy felices, Blanca mia; veo que realmente estás mejor, y no sabes el bien que me hace esta seguridad.

—¿De veras, hija mia, te sientes mejor?—dijo Anselmo acercándose.

—Sí, tío, mucho mejor.

—Vamos á ver si Dios quiere ponerte buena pronto.

—Sí, sí, me voy á poner buena—seguía diciendo Blanca como hablando consigo misma—y á nadie tendré que envidiar entónces, porque seré más dichosa que nadie; los días se pasarán sin una pena, sin un sufrimiento, como si estuviera sumergida en un sueño delicioso. ¡Oh, qué esperanza más risueña, qué porvenir más encantador! Allí, alejados del mundo, en aquel pueblo, que tiene un cielo tan hermoso, viviendo sólo para mi amor, mi vida será un paraíso eterno.....

La voz de Blanca se apagaba por momentos, y sus párpados iban poco á poco ocultando el puro azul de sus pupilas.

—Sí; aquella casa, blanca como la nieve, será testigo de mi felicidad; quiero amueblarla muy bien, y sobre todo, quiero que vengas á Madrid lo ménos posible..... Irémos por las mañanas á pasear por la campiña, que tan pintoresca está en la primavera, y las noches que haya luna, nos sentaremos en el jardín, que es tan poético.....

Aquí se apagó por completo su voz; pero se la veía mo-

ver sus labios, como siguiendo la ilacion de sus pensamientos.

Anselmo, Enrique y la dueña de la casa dejaban correr las lágrimas, sin tratar de contenerlas: habían creído que la mejoría de Blanca era real, y dieron cabida en sus corazones á una leve esperanza, esperanza que huyó al observar el desvario de su mente y el estado de debilidad en que la había dejado aquella ficticia animación.

Poco despues inclinó la cabeza y se quedó aletargada, permaneciendo así muchas horas.

Durante este tiempo fué el médico dos veces, y no quiso que se la despertara; se había interesado vivamente por aquella niña, y sus esfuerzos por salvarla eran casi sobrehumanos, pero impotentes. La encontró con una debilidad grandísima, y aquel sueño que la había sobrecogido, y del que no disfrutaba hacia mucho tiempo, creyó que sería el mejor reparador de sus perdidas fuerzas.

Sin embargo, al día siguiente amaneció más débil, pero su razon estaba más clara; los sueños de próxima ventura habían huido de su mente, y con los ojos hundidos y la boca levemente contraída, miraba fijamente á la claridad del balcon.

En este estado permaneció hasta que Anselmo la sacó de él, acercándose á ella y preguntándole:

—¿Cómo estás hoy, hija mia?

—Como siempre.

—¿No te sientes mejor?

—No, tío.

—¿Todo sea por Dios!

—¿Y Enrique?

—Ahí está en la sala.

—¿Quiere V. llamarle?

—Sí; pero ¿qué deseas?

—Necesito hablarle.

Anselmo fué á llamar á Enrique, sin poder adivinar que otro nuevo pesar le esperaba, ni cuál sería la causa de este llamamiento, y ambos volvieron á entrar en la habitación.

Blanca se quiso incorporar, pero le faltaron fuerzas: Anselmo, que adivinó su deseo, lo satisfizo cariñosamente, y tanto él como Enrique se prepararon á escuchar á la enferma.

—Enrique—dijo despues de un momento de pausa—he estado cavilando mucho esta noche, y por primera vez no sé qué extraña luz ha aclarado mi cerebro, que he visto frente á frente la realidad de mi situación.

—¿Qué quieres decir, Blanca mia?—dijo Enrique.

—Quiero decir que he ocasionado la desgracia de una persona muy digna de ser feliz, sin beneficio para nadie; quiero decir que la pobre Mercedes llora hoy un triste desengaño, que tal vez la ocasione..... lo que ha ocasionado á muchas: y ¿á quién ha sido útil su sacrificio?

—¿Blanca, por Dios, deja esas ideas, que sólo sirven para hacerte sufrir, y que son tan extemporáneas: ya te he dicho que no he amado á nadie más que á ti; de modo que si no ha habido amor, ¿cómo ha de haber.....

—¿Cállate, Enrique!—repuso la niña;—no es hora ya de que sigas engañándome; yo te agradezco ese empeño, porque ha sido con el objeto de hacerme un bien.

—¿Pero, Blanca.....

—Déjame seguir: te decía que ese engaño no conduce á nada; tengo la íntima convicción de que no me casaré contigo.

—¿Por qué?

—Porque estoy muy mala, Enrique; siento acercarse la muerte por momentos, y no hay remedio, abandono muy pronto este mundo.

—Esos pensamientos son los que agravan tu mal, hija mia—dijo Anselmo.

—No, tío mio, estos pensamientos son la realidad.

—Pero ¿á qué conduce tan triste conversacion, Blanca? Vamos á hablar de otra cosa.

—No podemos hablar de otra cosa, porque esta conversacion conduce á que no quiero morir sin tener la seguridad de que he remediado una desdicha, de la que involuntariamente he sido culpable.

—¿Tú culpable, hija mia!—dijo Anselmo, sin poder contener sus lágrimas.—¡Oh, no digas eso! Mira el profundo pesar que nos causan tus palabras, y piensa en cosas más alegres.

—Sí, culpable; por lo mismo quiero remediarlo todo, si ustedes me conceden lo último que les va á pedir quien tanto les ama.

—Habla, hija mia, lo que tú quieras.

—Y tú, Enrique, ¿me lo vas á conceder?

Este no contestó.

Hubo una pausa, durante la cual Blanca no apartaba sus anhelantes ojos del rostro del jóven.

—¿Acaso—siguió diciendo muy despacio—vas á negar á tu Blanca lo único que te va á pedir?

—No, Blanca mia; haré lo que quieras, lo que pidas.

—¿Me das tu palabra?

—Si—contestó Enrique, despues de otra pausa.

—Bueno; pues contéstame á esta pregunta. ¿Dónde está la familia de Vargas?

—En Nápoles.

—Escribeme las señas.

Enrique no se movió.

—¿No quieres hacer lo que te pido?

—¿No, Blanca—dijo al fin Enrique, no pudiendo resistir la lucha que destrozaba su corazón.—¡No, tú no morirás, no puedes morir; te pondrás buena y llevaremos á cabo el plan que tú misma proyectabas ayer! ¿Por qué no ha de suceder así? ¿Qué delito has cometido para que Dios te arrebatte de este mundo cuando pensabas ser tan dichosa? No, no hables más de eso; piensa sólo en que vas á curarte, en que yo te amo con toda mi alma, y en que de aquí en adelante nos rodeará la más inefable felicidad.

Blanca escuchaba las frases de Enrique con la sonrisa en sus labios; pero ni las ideas que brotaban de ellas animaban su fisonomía, ni en sus ojos se notaba el más leve destello de que aquellas palabras infundieran en su corazón una esperanza.

—Mucho bien me causan tus palabras, Enrique—dijo;

pero es inútil todo cuanto digas; nadie sabe mi estado mejor que yo; anda, haz lo que te he dicho.

Habia tanta firmeza en la débil voz de Blanca, tan misteriosa superioridad, que Enrique, á pesar suyo, se vió obligado á odederla.

Cuando volvió con el papel escrito para entregárselo á Blanca, brilló en los ojos de la niña un rayo de tan pura alegría, y en su rostro una expresion tan angelical, que estuvo á punto de caer de rodillas y adorarla.

—Toma; ahí tienes lo que me has pedido, Blanca mia.

—Gracias, Enrique; ahora hazme el favor de dejarme sola con mi tío; sal, y vuelve dentro de una hora.

—Pero, ¿qué vas á hacer?

—Ya lo sabrás. Acuérdate de que has dado palabra solemne de concederme cuanto te pida.

—Si, Blanca, sí.

—Bueno, pues hasta luego.

—Adios.

Y Enrique salió de la habitacion, luchando con las más vivas emociones.

CAPÍTULO XIII.

Una carta.

Al quedarse solos Anselmo y Blanca, ésta dijo á su tío:

—Vamos á escribir, tío.

—¿A escribir qué?

—Una carta.

—¿A quién?

—A D. Pedro de Vargas.

—¿A D. Pedro de Vargas? ¿Quién?

—Usted, pero yo voy á dictarla: creo que el pensamiento que tengo nadie podría desarrollarlo más que yo.

—Pero, Blanca, ¿no comprendes que en tu estado....

—No me niegue V., tío, lo que le pido.

Anselmo entró en la sala en busca del papel y la pluma, y se preparó á escribir lo que su sobrina le dictara.

—Cuando quieras, hija mia.

Blanca estuvo un momento pensativa, y luego empezó de esta manera:

«Muy señor mio y de mi consideracion: Á ruegos de mi sobrina, me tomo la libertad de dirigirme á V., en la confianza de que su corazon no será insensible á una súplica que voy á hacerle. Usted tiene una hija á quien ama entrañablemente, y esto es bastante para que no desatienda á un pobre anciano, que, con las lágrimas en los ojos, mira postrado en el lecho del dolor al sér que más ama en el mundo, y por el que le daría gustoso la vida, á trueque de salvar la suya, herida de muerte....»

—¡Oh! tienes razon, hija mia—dijo Anselmo interrumpiéndose para enjugar el llanto que amenazaba caer sobre el papel en que escribía;—pero ¿para qué entristecerme de este manera? No estás, gracias á Dios, tan grave para hacerme expresar así.

—Siga V. escribiendo, tío; es una súplica que hago á usted con todo lo intimo de mi alma: dentro de una hora tal vez no tenga fuerzas para seguir dictando.

—Bueno, hija mia, sigue; ya estoy dispuesto.

—«Usted sabe que lo que pide un moribundo puede decirse que es la voluntad de Dios, que habla por su boca: mi pobre sobrina ha llegado á un estado en que no hay esperanza de salvacion en lo humano. Perdidas todas sus ilusiones de felicidad en la tierra, fijos sus ojos solamente en el cielo, que espera dentro de poco ver abrirse para ella, no hay más que un pensamiento en su mente; no existe más que una esperanza en su corazon. Dormida ó despierta, ya en el desvario del delirio, ó ya en la clara luz de su razon, este pensamiento y esta esperanza es lo único con que lucha su alma. Guiada por estos móviles, me ha pedido que le escriba á V. expresándoselos, y no puede V. figurarse la felicidad que le ha proporcionado mi asentimiento.»

«Ahora bien; cree mi Blanca que ella ha causado involuntariamente, con su venida á Madrid, la desgracia de Mercedes, y esta idea la hace tanto daño, que, á mi juicio, es una de las causas que están agravando su enfermedad, haciendo tanto efecto en ella, que me dice va á ser desgraciada hasta en su muerte, si antes no ve y habla siquiera una vez á su hija de V., hácia quien, desde que la vió en el teatro, se sintió arrastrada por una incomprensible y misteriosa simpatía.»

«Yo cumplo lo que la he ofrecido, escribiendo á V. esta carta, y al mismo tiempo uno á los suyos mis ruegos para conseguir lo que deseamos: ella, para morir contenta; yo.... porque lo desea ella.»

«Tal vez creará V. inconveniente esta exigencia; y si sucede así, le repito que piense en su hija, y estoy seguro que disculpará mi pretension y se apresurará á satisfacer el anhelo de mi desdichada sobrina....»

Al llegar aquí, la voz de Blanca se hizo tan débil, que Anselmo tuvo que acercar á la cama la mesita en que escribía, para oirla mejor, y la dijo:

—Déjalo, hija mia, si te sientes mal; yo la concluiré.

—No, no, tío; quiero concluirlo yo: falta poco.

—«Sólo me resta decirle que, si al fin se aviene á cumplir el deseo de quien tan próxima está al sepulcro, lo lleve á efecto lo más pronto que pueda; porque, si no lo hace así, tal vez no llegue á tiempo.» Ya está, tío; léamela usted.

Anselmo leyó la carta, y al concluirla dijo:

—¿Te parece bien?

—Si; firmela V. y envíela en seguida á su destino.

El anciano se dirigió á hacer lo que le pedía su sobrina, y ésta quedó desfallecida, como si hubiera tenido que emplear grandes esfuerzos.

Gruesas gotas de sudor bañaban su frente, y parecia haberse trasparentado la tez de su rostro, bajo la cual se veía el descolorido azul de las venas.

¡Qué profundo sentimiento causaba aquella niña, tan be-

lla, tan pura, de la que se escapaba por momentos la savia de la vida!

¡Era imposible verla sin llorar! ¡Era imposible verla sin caer de rodillas y elevar preces al Altísimo, para que, por medio de un milagro, salvára de la muerte á aquel ángel, cuya existencia en la tierra habia pasado como una de esas estrellas fugaces que vemos aparecer por el Oriente, deslumbrando con su hermosura y vivos destellos, y que cruzan rápidas por el espacio, para desaparecer por el Occidente, haciendo brotar un triste suspiro del corazon, dejando un profundo desaliento en el alma.

¡Ah, si no fuera por la santa esperanza de que al dejar esta vida esos ángeles, cuya existencia es un meteoro, van á ser más felices en otro mundo, donde vivirán eternamente, no sabemos á qué sacrilegos pensamientos daría lugar el venir la muerte impasible y fria á arrebatarnos esos pedazos de nuestro corazon cuando iban á ser más felices, cuando iban á ver tal vez realizadas sus bellísimas ilusiones.

¡Acojamos con fe esta idea! ¡Pensemos en esa vida eterna, que nos brinda mil inefables delicias, porque este pensamiento dará un alivio á nuestra pena, un dulce consuelo á nuestro corazon, al perder uno de esos seres que formaban parte de la vida de nuestra vida! Al verlo salir para siempre de nuestro lado y de nuestra casa, derramarémos, sí, amargas lágrimas; pero despues elevarémos los ojos al cielo; nos parecerá verlo en vaporosas formas, sonriéndonos cariñosamente, y enjugando entónces el llanto, diremos:

«¡Está allí, en la gloria; no nos pierde de vista; nos oye, es más feliz que nosotros, y nos espera!»

¡Oh, bendita sea la fe! ¡bendito el sentimiento que tan dulce consuelo nos regala!

EUSEBIO A. ESCOBAR.

(Se continuará.)

EXPLICACION DEL FIGURIN ILUMINADO.

Núm. 1.691 P.

(Corresponde á las Sras. Suscriptoras de la 1.^a y 2.^a edicion.)

Traje de paseo. El corpiño, terminado en punta por delante y por detras, es de paño fino azul húsar. La extremidad de la manga desaparece bajo un guante mosquetero. Una banda de raso brochado, de género oriental, va fruncida sobre la punta del corpiño por delante, cubre la aldeta y forma dos *paniers* recogidos por delante y por detras con dos lazos grandes de cinta de terciopelo. La falda, que es de raso verde botella, se compone de un bullon ancho, de un volante fruncido y de otro formando tablas anchas y estrechas.

Otro traje de paseo. El corpiño, que es de raso negro de verano, va abierto sobre un peto lisó de raso blanco, al cual va unido con dos hileras de botoncitos dorados. La manga es de raso color de lila y va fruncida de trecho en trecho. La falda, que es del mismo raso color de lila, va bullonada á lo largo y adornada con lazos de terciopelo negro. La parte inferior de la falda va guarnecida con cuatro volantes fruncidos negros y color de lila alternativamente.

ARTÍCULOS DE PARÍS RECOMENDADOS.

Las manos bien cuidadas y elegantes son uno de los encantos de la mujer, y entre las precauciones que exigen, la más importante es la eleccion de un buen jabon. Es necesario no hacer uso sino del que se compre en una casa de confianza, y recomendamos, como particularmente higiénico, el jabon *Sapoceti* á la esperma de ballena, de Mr. Guerlain, 15, *rue de la Paix*, en París.

Al empleo de este jabon, y para conservar á la piel su suavidad y su blancura, debe agregarse el de una pasta muy dulcificante, como la *pasta de terciopelo*, que es tambien muy buena para la cara, y preferible al jabon, porque limpia perfectamente el cútis sin fatigarlo. Las personas cuya piel se arruga fácilmente deben hacer uso, en todas las estaciones, de la granadina, á causa de sus cualidades tónicas.

Ya haga calor ó frio es preciso restregarse bien las manos con la toalla, á fin de que no queden húmedas, y no exponerlas al fuego, al viento ni al sol. Conviene no emplear más que el agua tibia, si el cútis de las manos es propenso á enrojecer fácilmente.

No podemos prescindir de hablar algo de las *tournures*, cuya invasion se acentúa cada vez más, por la necesidad absoluta de sostener los *poufs* voluminosos que se producen.

Hay la *tournure Parabère*, la *Dubarry*, que son indispensables para los trajes de hoy, y que pueden pedirse á la casa DE PLUMENT (*rue Vivienne*, 33, París), que es la exactitud misma y la amabilidad personificada.

Tiene ademas dicha casa un completísimo surtido en enaguas y corsés, como el corsé *sultana*, el corsé *coraza*, el corsé *jaula* y el corsé *baños de mar*.

El corsé *sultana* presta aires de diosa y hace esbelto el talle: el corsé *coraza* es completamente del género *Miner-*

va, recto y majestuoso. En cuanto al corsé *jaula*, se compone de listones de tul de una ligereza inapreciable, de una frescura sin igual y de una positiva elegancia.

El corsé *baños de mar* no es otro que el corsé *jaula*, con listones de franela en lugar de listones de tul. Conserva al talle toda su elegancia, y ayuda á las lindas bañistas á surcar las olas como verdaderas sirenas, dándoles más agilidad y elasticidad en los movimientos.

MADAME LACHAPELLE, profesora en partos, recibe todos los dias, de tres á cinco, en la calle de Mont-Thabor, 27, París, á las señoras enfermas, estériles ó encinta, que deseen consultarla.

PARIS. Corsets pour les modes actuelles.—M^{me} de Vertus sœurs, 12, rue Auber.—Cette célèbre maison est patronnée par l'élite des dames de l'Europe.

GOTAS CONCENTRADAS para el pañuelo.—E. COUDRAY, perfumista, 13, rue de Enghien. Todos estos perfumes, de cualquier clase que sean, como se hallan concentrados en un volumen reducido, exhalan aromas exquisitos, suaves, duraderos y de buen gusto.—Medalla de oro y cruz de la Legion de Honor en la Exposicion Universal de París. (Véase el anuncio en la cubierta.)

PILIVORE! Destruye el vello de los brazos, haciéndoles lisos y blancos como el mármol. Eficacia y seguridad completas. PERFUMERÍA DUSSEY, 1, rue Jean-Jacques Rousseau, París.)

VERDADERA

AGUA DE BOTOT,

ÚNICO DENTÍFRICO APROBADO POR

LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS.

POLVOS DE BOTOT,

DENTÍFRICO CON QUINA.

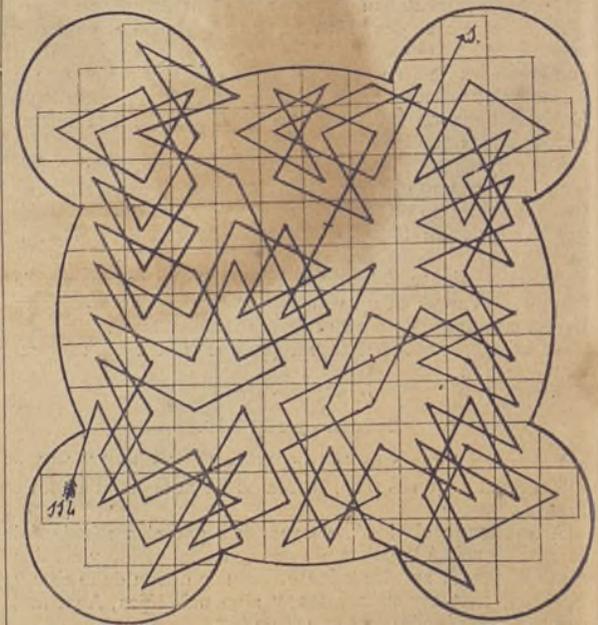
Depósito general en París, 229, rue Saint-Honoré.

Depósito: Boulevard des Italiens, 18, y en casa de los principales comerciantes.

SOLUCION AL PROBLEMA EN SALTO DE CABALLO DEL NÚM. 28.

Problema de A. L.—Diofanto, insigne matemático, pasó la sexta parte de su edad en la niñez, y la duodécima en la adolescencia: se casó, y habiendo vivido sin hijos la séptima parte de su vida y cinco años más, tuvo un hijo, que vivió la mitad de la edad del padre, y que murió cuatro años antes que Diofanto. ¿De qué edad murió éste?

MURIÓ DE 84 AÑOS.



La han remitido las Sras. y Srtas. de Muñoz y Trageda.—D.^a Teresa Ansaldo de Dallas.—D.^a Rafaela Granada de Cañizo.—D.^a Soledad Rodríguez y Castronuño.—D.^a C. P. G. A.—D.^a Carolina Mendez de Navarra.—D.^a Lucía de Pedralba.—D.^a Adela Rosal de Fuentespina.—D.^a Rosario Botella de la Llave.—D.^a Mercedes Cueto y Vargas.—D.^a Aurora Espiridion y Fuentes, y D.^a Manuela Guillen Corsario.

Tambien hemos recibido de la Isla de Cuba soluciones al Salto de Caballo del número 23, de las Sras. y Srtas. D.^a Tomasa Sardiño y Sardiño.—Doña Amalia Mallen y del Prado.—D.^a Joaquina Castelon y Santibanez.—Srtas. de Ruy Blas, y D.^a Herminia Monforte.

Impreso sobre máquinas de la casa P. ALAUZET, de París, con tintas de la fábrica Lorilleux y C.^a (16, rue Suger, París).



Nº 347

Paris, chez Ledebour, N.º 21, Imp. de la Presse, N.º 1, P. B. O. S.

Nº 1691P

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

Administracion Carretas. 12 pral

M A D R I D

*Perfumeria de lujo Guerlain. 15. r. de la Paix. Paris.
Faja Regente B.^{te} y Corso Ana de Austria de Abba de Vertus. 12. r. Tubor. Paris.*



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA